

sa en hacerlas. Los revolucionarios teóricos lo conocen poco y desconfían, presentando su fondo tradicional y conservador. Núcleo resistente de un país, hace su continuidad y su fuerza. Muy dócil por miedo, arrastrado fácilmente por los agitadores, se dejará conducir momentáneamente, bajo su influencia, á todos los excesos; pero el peso ancestral de la raza recobrará pronto el alza, razón por la que pronto se cansa de las revoluciones. Su alma tradicional incítale rápidamente á alzarse contra la anarquía, cuando ésta ha crecido demasiado. Busca entonces un jefe que restaure el orden.

Ese pueblo, resignado y tranquilo, no tiene evidentemente concepciones políticas muy altas ni complicadas. Su ideal de gobierno, siempre sencillo, se acerca mucho á la dictadura. Esta es la razón por que esta forma de gobierno sigue invariablemente á la anarquía. Siguió después de la primera Revolución, cuando fué aclamado Bonaparte; siguió todavía después de la segunda, cuando á pesar de todas las oposiciones, cuatro plebiscitos sucesivos elevaron á Luis Napoleón á la república, ratificaron su golpe de Estado, restablecieron el imperio, y en 1870, antes de la guerra, aprobaron su régimen.

Sin duda en aquellas últimas circunstancias se engañó el pueblo. Pero sin las revoluciones que habían engendrado el desorden, no hubiera buscado los medios de salir.

Los hechos recordados en este capítulo no deben ser olvidados, si se quiere comprender con claridad la significación diversa de los pueblos durante las revoluciones. Su acción es considerable, pero muy diferente á la imaginada por las leyendas, cuya repetición constituye solamente su fuerza.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES" 4  
Ed. 1623 MONTERREY, MEXICO

## LIBRO SEGUNDO

FORMAS DE MENTALIDAD PREDOMINANTES  
EN LAS REVOLUCIONES

### CAPÍTULO PRIMERO

**Variaciones individuales del carácter durante  
las revoluciones.**

#### § 1.—LAS TRANSFORMACIONES DE LA PERSONALIDAD.

En otro lugar he insistido tenazmente sobre una teoría de los caracteres, sin la cual es realmente imposible comprender las transformaciones de la conducta en ciertos momentos, sobre todo en las épocas revolucionarias. He aquí los puntos principales.

Cada individuo posee, aparte de su mentalidad habitual, casi constante cuando el medio no cambia, posibilidades variadas de carácter, que surgen por gracia de los acontecimientos.

Los seres que nos rodean son seres de ciertas circunstancias, pero no de todas. Nuestro yo está constituido por la asociación de innumerables yo celulares, residuo de personalidades ancestrales. Por su combinación establecen equilibrios bastante cons-

tantes cuando el medio social no varía. Cuando este medio se modifica considerablemente, como en los períodos de agitación, estos equilibrios desaparecen y los elementos disociados constituyen, agregándose, una personalidad, suceso que se manifiesta por ideas, sentimientos y una nueva conducta, muy diferentes á los observados anteriormente por el mismo individuo. Así se vió durante el Terror á los honrados burgueses y pacíficos magistrados, reputados por su dulzura, convertirse en fanáticos sanguinarios.

Bajo la influencia del medio, una antigua personalidad puede ceder el puesto á otra por completo nueva. Los actores de las grandes crisis religiosas y políticas parecen á veces por esta razón de una esencia diferente á la nuestra. Sin embargo, en nada difieren de nosotros. La repetición de iguales acontecimientos haría renacer á los mismos hombres.

Napoleón comprendía perfectamente estas posibilidades de carácter al decir en Santa Elena:

«Porque conozco toda la parte que la casualidad tiene en nuestras determinaciones políticas, descarté siempre los prejuicios y me mostré muy indulgente sobre el partido que había de seguirse en nuestras convulsiones... En revolución no se puede afirmar lo que se hace; no sería prudente afirmar que se podría haber hecho otra cosa... Es difícil sujetar á los hombres cuando se pretende ser justo. ¿Acaso se conocen, acaso se explican bien ellos mismos? Depende de los vicios y de las virtudes circunstanciales.»

Cuando una personalidad moral ha sido disgregada bajo la influencia de ciertos acontecimientos, ¿cómo se forma una nueva personalidad? Por varios medios, entre los cuales el más activo será la adquisición de una creencia fuerte. Ésta orienta todos

los elementos del entendimiento, como el imán forma en curvas regulares las limaduras de un metal magnético.

Así se forman las personalidades observadas en los períodos de las grandes crisis: las Cruzadas, la Reforma, y, sobre todo, la Revolución.

En tiempos normales, variando poco el medio, no se observa más que una sola personalidad en los individuos que nos rodean. Sin embargo, ocurre muchas veces que tienen varias, pudiendo sustituirse una á otra en ciertas circunstancias.

Estas personalidades pueden ser contradictorias y aun enemigas. Este fenómeno, excepcional en estado normal, se acentúa considerablemente en ciertos estados patológicos. La psicología morbosa ha observado varios casos de estas personalidades en un solo individuo, como en los casos citados por Morton Prince y Pierre Janet.

En todas estas variaciones de personalidades no es la inteligencia la que sufre modificación, sino los sentimientos, cuya asociación forma el carácter.

## § 2.—ELEMENTOS DEL CARÁCTER PREDOMINANTE EN LAS ÉPOCAS DE REVOLUCIONES.

Durante las revoluciones se observa el desarrollo de diversos sentimientos, habitualmente reprimidos, pero á los que la destrucción de los frenos sociales da libre curso.

Estos frenos, constituidos por los Códigos, la moral, la tradición, no son siempre por completo destruidos. Sobreviven algunos á las revueltas y sir-

ven para poner á raya la explosión de los sentimientos peligrosos.

El más potente de estos frenos es el alma de la raza. Al determinar una manera de ser, de sentir y de querer común, á la mayoría de los individuos de un mismo pueblo, constituye una costumbre hereditaria, y nada hay más fuerte que el lazo de la costumbre.

Esta influencia de la raza limita las variaciones de un pueblo y encauza su destino, á pesar de todos los cambios superficiales.

A no considerar más que los relatos históricos, por ejemplo, parecería que la mentalidad francesa ha variado prodigiosamente durante un siglo. En pocos años pasa de la Revolución al Cesarismo, vuelve á la monarquía, hace todavía una revolución y llama después á un nuevo César. En realidad, sólo las apariencias de las cosas habían cambiado.

No pudiendo insistir con más extensión sobre los límites de la variabilidad de un pueblo, vamos á estudiar ahora la influencia de ciertos elementos afectivos, cuyo desarrollo durante las revoluciones contribuye á modificar las personalidades individualidades ó colectivas. Mencionaré, sobre todo, el odio, el miedo, la ambición, la envidia, la vanidad y el entusiasmo. Se observa su influencia en las diversas agitaciones históricas, muy principalmente en el curso de nuestra magna Revolución. Ésta nos proporcionará nuestros ejemplos.

*El odio.*—El odio de que fueron animados contra las personas, las instituciones y las cosas, los hombres de la Revolución francesa, es una de las manifestaciones afectivas que más sorprenden al estudiar su psicología. No detestaban sólo á sus ene-

migos, sino á los miembros de su propio partido. «Si se aceptaran sin reservas, decía recientemente un escritor, los juicios que formaron unos de otros, entre ellos no había sino traidores, incapaces, crueles, vendidos, asesinos ó tiranos». Sabido es el odio, apenas dulcificado por la muerte de sus adversarios, con que se persiguieron girondinos, dantonistas, hebertistas, robespierristas, etc.

Una de las principales causas de este sentimiento radica en que aquellos furiosos sectarios, siendo apóstoles en posesión de la verdad pura, no podían, como todos los creyentes, tolerar la presencia de los infieles. Una certidumbre mística ó sentimental, acompañada siempre de la necesidad de imponerse, jamás vencida, no retrocede ante las hecatombes cuando tiene poder.

Si los odios que separaron los hombres de la Revolución hubieran sido de origen racional, poco hubieran durado; pero encerrando factores místicos y afectivos no podían perdonar. Siendo iguales sus fuentes en los mismos partidos, manifestáronse en todos con idéntica violencia. Ha sido comprobado, por documentos fidedignos, que los girondinos no fueron menos sanguinarios que los montañeses. Los primeros declararon, con Pétion, que los partidos vencidos debían perecer. También intentaron según M. Aulard, justificar los asesinatos de Septiembre. El Terror no debe ser considerado como un simple medio de defensa, sino como el procedimiento general de destrucción, de que siempre hicieron uso los creyentes triunfadores para los enemigos detestados. Los hombres que mejor soportan la divergencia de ideas no pueden tolerar las diferencias de creencias.

En las luchas políticas ó religiosas el vencido no

puede esperar piedad. Desde Sila, que mandó cortar el cuello á doscientos senadores y á cinco ó seis mil romanos, hasta los vencedores de la Commune, que fusilaron ó ametrallaron á más de veinte mil vencidos después de su victoria, esta sangrienta ley jamás ha fallado. Comprobada en el pasado, lo será sin duda igualmente en el porvenir.

Los odios de la Revolución no tuvieron, además, por único origen divergencias de creencias. Otros sentimientos, envidia, ambición y amor propio, los engendraron igualmente. Contribuyeron á exagerar el odio entre los hombres de diversos partidos. Las rivalidades de individuos que aspiraban á la dominación condujeron sucesivamente al patíbulo á los jefes de diversos grupos.

Es preciso observar con cuidado también que las necesidades de división y los odios resultantes parecen ser elementos constitutivos del alma latina. Costaron la independencia á nuestros antecesores galos, y habían llamado ya la atención de César:

«No había ciudad, decía, que no se hallase dividida en dos facciones; ningún cantón, pueblo ni casa, donde no soprase el espíritu de partido. Raro era que transcurriese un año sin que la ciudad estuviese en armas para atacar ó rechazar á sus vecinos.»

No habiendo penetrado el hombre en el ciclo del conocimiento sino desde hace corto tiempo, y hallándose siempre guiado por sentimientos y creencias, puede concebirse el inmenso papel que ha desempeñado el odio en su historia.

El comandante Colin, profesor en la Escuela de Guerra, hace notar en los siguientes términos la importancia de ese sentimiento durante ciertas guerras:

«En la guerra, mejor que en parte alguna, no hay mejor inspirador que el odio; él hizo triunfar á Blücher de Napoleón. Analizad las más brillantes maniobras, las operaciones más decisivas, y si no son obra de un hombre excepcional, de Federico, de Napoleón, las hallaréis inspiradas por la pasión más que por el cálculo. ¿Qué hubiera sido de la guerra de 1870 sin el odio que nos profesaban los alemanes?»

El autor hubiera podido añadir que el odio intenso de los japoneses contra los rusos, que tanto les habían humillado, puede incluirse entre las causas de sus triunfos. Los soldados rusos, ignorando hasta la existencia de los japoneses, ninguna animosidad tenían contra ellos, y ésta fué una de las razones de su debilidad.

Sin duda, se habló mucho de fraternidad en los momentos de la Revolución; hoy, todavía se habla más. Pacifismo, humanitarismo y solidaridad, han llegado á ser las palabras de orden de los partidos avanzados, pero sabido es cuán profundos son los odios que detrás de las palabras se esconden y de qué amenazas es objeto la sociedad actual.

*El miedo.*—En las revoluciones, el miedo desempeña un papel casi tan considerable como el odio. Durante la nuestra, se han podido observar grandes arrojios individuales y cantidad de temores colectivos.

Frente al patíbulo, los convencionales mostráronse siempre valientes; pero ante las amenazas de los amotinados que invadían la asamblea, dieron constantemente pruebas de una pusilanimidad excesiva, obedeciendo á las más absurdas inducciones, como veremos al resumir la historia de las asambleas revolucionarias.

Todas las formas del miedo se observaron en aquella época. Una de las más extendidas fué el temor

de parecer moderado. Miembros de asambleas acusadores públicos, representantes en misión, jueces de tribunales revolucionarios, etc., todos ellos pretendían pujar sobre sus rivales para aparecer más avanzados. El miedo fué uno de los elementos principales de los crímenes cometidos en aquella época.

Si milagrosamente hubiera podido ser eliminado de las asambleas revolucionarias, su conducta hubiera sido otra, y, por consiguiente, la Revolución hubiera estado orientada de muy diferente manera.

*La ambición, la envidia, la vanidad, etc.*—En tiempos normales, la influencia de estos diversos elementos afectivos está fuertemente contenida por las necesidades sociales. La ambición, por ejemplo, está fuertemente limitada en una sociedad jerárquica. Si el soldado llega á ser algún día general, no será sino después de haber esperado largo tiempo. Por el contrario, en tiempos de revolución, la espera no es precisa. Pudiendo llegar cada uno casi instantáneamente á los primeros rangos, todas las ambiciones están violentamente sobreexcitadas.

El más humilde se cree apto para los más elevados cargos, y por este mismo hecho, su vanidad se exagera desmesuradamente.

Manteniéndose un poco todas las pasiones, al al mismo tiempo que la ambición y la vanidad, se ve desarrollarse igualmente la envidia contra aquéllos que triunfaron más pronto que otros.

Este papel de la envidia, siempre importante durante los periodos revolucionarios, lo fué sobre todo durante nuestra gran Revolución. La envidia contra la nobleza, constituyó uno de sus importantes factores. La burguesía se había elevado en capacidades y en riquezas hasta el extremo de aventajar á la nobleza. Aunque mezcládose de día en día, se

sentía mantenida á distancia y experimentaba un vivo resentimiento. Este estado espiritual hizo á los burgueses, inconscientemente, muy partidarios de las doctrinas filosóficas que predicaban la igualdad. El amor propio y la envidia fueron entonces las causas de odios que hoy no comprendemos, cuando la influencia social de la nobleza es tan nula. Varios convencionales, Carrier, Marat, etc., recordaban irritados haber ocupado cargos subalternos en casa de grandes señores.

Mad. Roland jamás pudo olvidar que, invitada con su madre á casa de una gran señora, bajo el antiguo régimen, les fué servida la comida en la cocina.

El filósofo Rivarol ha señalado muy bien en el siguiente párrafo, ya citado por Taine, la influencia del amor propio herido y de la envidia sobre los odios revolucionarios:

«No son, escribe, los impuestos ni las órdenes regias de prisión ó destierro, ni todos los demás abusos de la autoridad, no son las vejaciones de los intendentes y la lentitud ruinoso de la justicia lo que más ha irritado á la nación: es el prejuicio de la nobleza, por el cual ha manifestado el mayor odio. Lo que lo prueba evidentemente es que son los burgueses, la gente de letras, los financieros, en fin, quienes envidian á la nobleza, quienes han levantado contra ella la gente de las ciudades y la de las campiñas.»

Estas consideraciones, muy exactas, justifican en parte la frase de Napoleón: «La vanidad ha hecho la Revolución, la libertad no ha sido sino el pretexto.»

*El entusiasmo.*—El entusiasmo de los fundadores de la Revolución igualó al de los apóstoles de la fe de Mahoma. Además, era ciertamente una religión lo que los burgueses de la primera asamblea creían

fundar. Imaginaban haber destruido un mundo viejo y edificado sobre sus ruinas una civilización diferente. Jamás ilusión más seductora inflamó el corazón de los hombres. La igualdad y la fraternidad, proclamadas por los nuevos dogmas, debían hacer reinar en todos los pueblos una dicha eterna. Para siempre habíanse roto como un pasado de barbarie y tinieblas. Regenerado el mundo, sería en el porvenir iluminado por las radiantes claridades de la razón pura. Por todas partes las fórmulas oratorias más brillantes saludaron la aurora entrevista.

Si aquel entusiasmo pronto se sustituyó por las violencias, fué porque el despertar había sido rápido y terrible. Fácilmente se concibe el furor conque los apóstoles de la Revolución se alzaron contra los obstáculos diarios opuestos á la realización de sus sueños. Habían pretendido rechazar el pasado, olvidar las tradiciones, rehacer hombres nuevos. Pero el pasado reaparecía sin cesar, y los hombres se negaban á transformarse. Los reformadores, detenidos en su camino, no quisieron ceder. Intentaron imponerse por la fuerza de una dictadura que pronto hizo pensar con tristeza en el régimen derribado, y finalmente lo repuso.

Debe observarse que si el entusiasmo de los primeros días no duró en las asambleas revolucionarias, se perpetuó mucho más tiempo en los Ejércitos constituyendo su principal fuerza. A decir verdad, los Ejércitos de la Revolución fueron republicanos mucho antes que llegara á serlo Francia, y permanecieron republicanos mucho después de que Francia dejara de serlo.

Las variaciones de carácter examinadas en este capítulo, hallándose condicionadas por ciertas as-

piraciones comunes y cambios de medios idénticos, acaban por concretarse en un pequeño número de mentalidades bastante homogéneas. No considerando sino las más características, las reduciremos á cuatro tipos: mentalidad jacobina, mentalidad mística, mentalidad revolucionaria y mentalidad criminal.